

arqueología como podemos avanzar en el descubrimiento de la vida del cristianismo de la época sobre todo en el ámbito monástico.

III. CÓMO SE VIVÍAN LAS REGLAS: HISTORIA, VARIACIONES, RASGOS PERMANENTES

III.1 LA VIDA COTIDIANA DE LOS MONJES NO HA SIDO SIEMPRE IGUAL

Parece indudable que estas cuevas enormes y excavadas durante largo tiempo, han llegado a su forma actual sólo tras siglos de vida y experiencias. El precedente de la existencia de San Félix de Bilibio nos lleva hasta el siglo V y un tiempo en el que lo constitutivo del monacato era elemental, y para la Península Ibérica podríamos llamar la «época de la Regla del Maestro»¹⁹⁶.

Hay indicios y razones para admitir que tal regla ya contenía algunas prescripciones elementales y sumarias, que eran un esbozo de la vida monástica, pero lo cierto es que todos esos indicios nos llevan hacia el origen del monacato en todo el universo cristiano.

A pesar de tales prescripciones y referencias es muy complicado tratar de definir la vida cotidiana ya que no sólo no es lo mismo el siglo IV, que el V, ni éste que el VI. debido a la situación cambiante que fluye con notable rapidez. Y además no es lo mismo lo que ocurre en un lugar que lo que sucede en otro quizá no muy lejano. Las personalidades diferentes de los maestros espirituales y líderes en general; la homogeneidad o no de los grupos reunidos en torno a su maestro; los avatares de la historia local en cada lugar hacen que inevitablemente hayamos de imaginar «historias» muy variadas dentro del marco espiritual similar que hemos trazado.

Si repasamos la Historia de la Iglesia durante aquellos siglos observamos al momento la incidencia de todo este tipo de factores en el desarrollo y evolución de cada comunidad. No fue lo mismo el liderazgo de San Juan Crisóstomo que el de San Cirilo de Alejandría; ni fue similar la vida en Constantinopla que la vida en la altiplanicie minorasiática. En suelo hispano el liderazgo de Prisciliano parece que creó serios problemas al resto de la jerarquía peninsular, y hoy nadie se atreve seriamente a acusar a Prisciliano de hereje. La presencia de San Martín de Dumio hizo impacto

¹⁹⁶ Sobre la *Regla del Maestro* ver... PÉREZ DE URBEL, *Los monjes españoles en la Edad Media*, vol. 1, cap. XII y ss, p. 377ss.

en todo el monacato del noroeste peninsular. Por todo ello tratar de describir la vida de los monjes en este rincón de los montes Obarenes, es algo excesivamente atrevido en el presente estado de la investigación. Podemos, sin duda, trazar las grandes líneas maestras, pero dejando abiertas todas las posibilidades de complementación.

III.2 LA VIDA COTIDIANA DE LOS MONJES DE HERRERA ANTES DEL CISTER

Las exigencias fundamentales del monacato, como son el celibato y la contemplación absoluta y sin paliativos de Dios como ocupación ordinaria y totalizadora les vienen de atrás: «Ciertamente en la cuestión del origen del monacato cristiano hay que recordar que la exigencia de la abstención de los goces de la vida natural se ha manifestado y desarrollado de muchas maneras en las antiguas religiones. La comunidad judía de Qumran, en el Mar Muerto, que persistió hasta el año 68 después de Jesucristo, había conocido el celibato y el repudio de la propiedad. En la filosofía de los neopitagóricos y en la religión de los maniqueos se fomentaba la abstención en el terreno de la vida natural y social. Sin embargo el modelo de la ascesis cristiana fue siempre el Señor mismo, que mediante sus vigilias y oraciones, mediante su pobreza absoluta y su renuncia al matrimonio, había dado la norma y exigido la pobreza para sus discípulos perfectos. De este modo los cristianos, ya en las primeras generaciones, valoraron mucho el celibato y sugirieron la abstención del vino y de la carne. Desde el siglo II se encuentran algunos ascetas aislados, aparece la clase de las vírgenes consagradas a Dios que viven para la oración y el servicio a la comunidad. Durante la persecución de Diocleciano y aún más después del edicto de paz, en Egipto muchos aceptaron la idea de realizar la imitación de Cristo mediante el apartamiento total del mundo y la pura contemplación. Pudo ocurrir que algunos se librasen de la persecución mediante la huida al desierto; otros pudieron, después del final de la persecución, haber buscado un sustitutivo del martirio en la mortificación».

Nada que ver con la imagen que tenemos de los monjes actuales o de la de hace medio siglo. Para imaginar la apariencia física de aquellos monjes sería mejor probablemente, imaginarnos la figura de Juan el Bautista tal y como la describe el evangelio y tal y como suelen representarla los pintores: vestido con pieles de animales, comiendo raíces de árboles o donativos de los fieles de los alrededores (que serían frutos del campo)¹⁹⁷.

¹⁹⁷ En la vida de San Antonio Abad se nos habla de higos, etc.

El trabajo con sus manos fue tarea normal. En las zonas mejor conocidas, como son las villas muertas del norte de Siria, desarrollaron una agricultura intensa, sin duda complementada con algún uso de la ganadería, que les permitió crear una cultura arquitectónica muy notable.

Por San Juan Crisóstomo sabemos algo referente a sus comidas en la zona cercana a Antioquía¹⁹⁸: «comen no para gozar sino sólo por necesidad y se alimentan de pan y agua»; «sólo se sientan a la mesa por la tarde, una mesa en la que no hay verduras ni pan sino sólo flor de harina, habas, garbanzos, aceitunas e higos»; «una vez que han dejado sus labores, se sientan a la mesa, no preparando muchos manjares de fragante olor, sino que unos toman pan con sal, otros añaden aceite, los que están más débiles toman verduras o legumbres».

Viviendo en cuevas no podemos imaginarlos como personas limpias y aseadas, sino más bien con aspecto asilvestrado y seguramente muy delgados y con la barba sin cuidar. Es muy probable que junto a estos seres de vida dura, también hubiera monjes más dulces y aburguesados, pero probablemente estos vivirían en las ciudades o en los monasterios construidos.

Si queremos enriquecer nuestra imaginación para mejor acercarnos a aquel fenómeno que hoy nos llama la atención, pero que a los contemporáneos no debía extrañarles en exceso, podemos asomarnos a las páginas de novelas tales como *El Aventurero Simplícísimo*, en la que algunas narraciones nos ofrecen una vida simple que no debe estar muy alejada de la mente de los hombres de los siglos de la Antigüedad Tardía

No resulta fácil imaginar cómo se compaginan este tipo de vida pobre e incluso miserable con un espíritu alegre, poético, musical y dotado de una finura como suponemos. Probablemente para poder imaginarlo tendremos que volver la vista atrás a cuando no había agua corriente ni luz eléctrica; cuando nuestras madres pasaban todas las tardes del año remendando la ropa de todos los familiares; y había una gran pobreza en nuestras casas y sin embargo los pueblos vivían llenos de vida espiritual y cultural¹⁹⁹. Es en tal ambiente en el que hay que situarnos para entender el monacato de los primeros siglos. Los monjes no solían lavarse todos los días. Hubo incluso momentos en los que algunos santos, como San Romualdo se jactaba de no haberse lavado nunca,

¹⁹⁸ GONZÁLEZ BLANCO, A., *Economía y Sociedad en el Bajo Imperio según las obras de San Juan Crisóstomo*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981, p. 44.

¹⁹⁹ Los que no han tenido ocasión de haberlo experimentado pueden acercarse a la literatura costumbrista que abunda en la tradición. Así nos los describieron Concha Espina, Pardo Bazán, Gabriel y Galán, Pereda y otros muy buenos escritores; y así los hemos podido contemplar también nosotros, de lo cual damos testimonio.

pero sin llegar a tales extremos propios de un misticismo radical, la comprensión del monacato de los primeros siglos pasa por la de la vida cotidiana de la misma época.

III.3 LA VIDA RELIGIOSA

A juzgar por obras de Prudencio, compuestas en La Rioja, en Calahorra, a finales del siglo IV o muy a comienzos del siglo V, los monjes debían hacer oración por lo menos a las horas más relevantes de la jornada, al amanecer, al media día y por la tarde. El oficio divino no existía aún de manera completa pero los inicios del mismo ya están pergeñados en el *Cathemerinon* del poeta de Calahorra, y por lo demás son connaturales en personas que viven de manera total y exclusiva para Dios.

La celebración eucarística parece que se reguló pronto para su realización en el Día del Señor, pero no como obligación, sino como fiesta iniciática. Y además en cada caso según el consejo del «*hombre santo*» debía ir unida a una fuerte dosis de realización personal según los objetivos propuestos al monje.

Por la misma razón en aquella realización de la vida religiosa debió tener gran relieve el diálogo espiritual, sobre todo de cada monje con su «padre maestro».

Lo que sí parece que tuvo importancia grande fue la búsqueda y compañía de las reliquias o de los recuerdos. Cada monje, como ya hemos indicado, sentía muy fuerte su pertenencia a la comunidad de los santos y el ejemplo y la fuerza de esa sensación debió tener gran relieve en la vida monástica.

No sabemos la importancia que en tal ambiente tuvieron las obras de suprema inmolación como puede ser el caso de los emparedados. Hay indicios de celdas para tal menester en algunas cuevas de La Rioja, como ocurre en Arnedo; tenemos para Santa Oria de Villavelayo las noticias que nos da Berceo. ¿Hubo algo de esto en Herrera? ¿Pueden interpretarse desde esta perspectiva las excavaciones más profundas de la gran cueva? No podemos afirmar ni negar, pero sí tenemos que plantear lo que aquí debió suceder en razón de las noticias que sabemos de la vida en otros lugares, sobre todo si éstos son lugares cercanos, como son los casos que acabamos de enumerar.

III.4 RELACIÓN CON EL EXTERIOR

Sin la menor duda los monjes tenían relación con otros monasterios más o menos cercanos. Es seguro que había trato continuo y problemático con los cenobios de los alrededores, con Bilibio desde los tiempos de San Felices, y con San Juan del Monte mientras ambos existieron.

Es también seguro que hubo contactos ininterrumpidos con los monjes de San Millán de la Cogolla, no por razones económicas, que parece ser que se incrementaron más tarde, sino por razones espirituales. La inseguridad de unos y otros debido a su aferramiento a la tradición oral por imposibilidad de otra cosa. Cuando ya comenzaron los «*scriptoria*» unos y otros debían emular su deseo de tener libros escritos, tema del que nos constan ejemplos de época visigoda²⁰⁰, pero desde siempre esta necesidad hacía a los grupos de monjes estar continuamente en tensión hacia el exterior de su reducido círculo.

La búsqueda de reliquias era otra razón para asomarse al exterior. La historia de aquellos siglos está llena de noticias con este contenido. Podemos estar seguros de que también en Herrera se dieron estos anhelos, pero de momento no podemos precisar mucho más²⁰¹.

Hombres ebrios de Dios²⁰²

RESUMIENDO: La vida de los primeros monjes que emplearon la cueva de Herrera para reuniones de culto, fue sin duda muy pobre. No sabemos cuando comenzaría, pero es muy probable que ya hubiera aquí ermitaños a partir del siglo V, o quizá antes. No podemos olvidar que San Felices, el maestro de San Millán está documentado ya por estas fechas. Y San Felices no debía ser una «rara avis», sino uno más entre los ascetas que por entonces poblaban estas tierras.

Debían cubrir sus carnes con ropas muy raídas, quizá con pieles y, en cualquier caso, confeccionadas de un modo rudimentario.

Por aquella época sólo unos pocos sabían leer, por lo cual el magisterio de la vida cristiana debía quedar reservado a esas personas capaces de integrar el espíritu dentro de la tradición evangélica radical, pero es prácticamente seguro que además de ser instruidos en la tradición y exigencias del evangelio, ellos tenían también capacidad de decidir actos para afianzar su fe y su consagración. Lamentablemente no conocemos lo que harían, pero aparte de trabajar para recoger su pobre yantar, posiblemente harían algo similar a lo que nos consta que hicieron algunos monjes sirios, que por la extrañeza que nos produce, algún autor ha dicho que era «hombres

²⁰⁰ Entre San Leandro y el Papa Gregorio Magno hay noticia de petición de códices de obras nuevas y antiguas porque la necesidad era perentoria.

²⁰¹ En los papeles del monasterio de Herrera conservados en el Archivo Histórico Nacional (Legajo 1107) hay listas de las reliquias veneradas en el monasterio, pero son textos de época moderna.

²⁰² LACARRIÈRE, J., *Los hombres ebrios de Dios*, Barcelona, Ayma, 1964.

ebrios de Dios»²⁰³. Pudo también aquí haber estilitas, o formas de penitencia extrema similares, porque está documentado que hubo emparedados en las cercanías, como es el caso de Santa Oria, que tan entrañablemente cantó Gonzalo de Berceo.

Nuestra cueva no se puede entender sin pensar en los hombres a los que dio cobijo y en las formas de vida material y espiritual de los mismos y sobre todo en el espíritu que los movía, cuya entidad, plenitud y fuerza motriz (incluido el gozo y la contemplación de la belleza) resultaban fascinantes para sus contemporáneos, de modo similar a lo que resultan para nosotros.

La mitología que se crea en estos siglos procede de la admiración de los espectadores y de la vida prodigiosa que aquel espíritu llegaba a generar.

IV. LA CUEVA DE HERRERA, CENTRO DE HISTORIA Y CULTURA

MONACATO, ECONOMÍA Y VIDA CULTURAL

El origen del monacato resulta difícil de entender para los hombres de nuestro tiempo y quizá incluso en sí mismo. ¿Cómo imaginar que va a haber una persona o un grupo de personas que huyen del mundo rico y civilizado a los confines de tal mundo y que allí no sólo va a poder sobrevivir, sino que va a ser capaz de conseguir crear un «mundo nuevo»? Pues exactamente esto es lo que ocurrió. En el desierto florecieron plantas y se generó riqueza y desde los primeros eremitas, los lugares colonizados por ellos y sus sucesores han sido y son puntos de referencia habitacional, económica y sobre todo cultural. En Herrera hay un punto de referencia para que el conjunto del macizo montañoso deje de ser un desierto. Y de un modo general aquellos lugares que han subsistido como monasterios han creado lugares con iglesias monumentales y otras construcciones esenciales en la contemplación del arte, con bibliotecas que han sido y son centros de vida cultural de primer orden; centros de vida espiritual muy importantes; con industrias manuales de ediciones y otras artesanías de mil tipos. Y con un valor poblacional que sólo se valora cuando ya se ha perdido.

Herrera, cuyos orígenes hemos intuido en la arqueología de esta cueva, no ha llegado a ser tan importante ni rico ni esplendoroso como otros monasterios pero en los tiempos que vivimos tan agitados y destructores no hay duda de que sigue vivo y

²⁰³ Además del libro de Lacarrière citado, recordemos BESSE, Dom J.-M., *Les moines d'Orient antérieures au concile de Chalcedoine (451)*, París 1900; PEÑA, Ignacio, *La desconcertante vida de los monjes sirios. Siglos IV-VI*, Salamanca, Sígueme, 1985.